

Miguel Sosa



El pequeño libro de las 500 palabras para parecer más culto

Todo el mundo sabe que el giste es la espuma de la cerveza, que la costumbre de comerse las uñas recibe el nombre de onicofagia y que suputar es sinónimo de calcular. ¿Pero cómo se llaman las cagarrutas de las ovejas? ¿Y la distancia del pulgar al índice? ¿Y la raya del pelo? Las respuestas a estas preguntas y a otras muchas más se encuentran en este libro.

¡Deje de manosearlo y cómprelo antes de que se agote!

¡Pase por culto en un pispás!

ÍNDICE

Portada

Cita

Dedicatoria

Prólogo

Introducción, proemio, exordio o isagoge

A

B

C

D

E

F

G

H

I

J

L

M

N

Ñ

O

P

Q

R

S

T

U

V

Z

Índice de autores

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Los sabios hablan porque tienen algo que decir. Los estúpidos hablan porque tienen que decir algo.

PLATÓN

Para Nuria y Alicia, con el amor de siempre.
Y para Elena, con el de casi siempre.

PRÓLOGO

Querido lector: si has pensado que un libro como este no necesita un prólogo estás tan equivocado como el funcionario que aconsejó a Kennedy no poner capota al coche. Porque para entender bien este libro debes conocer primero al personaje que lo ha escrito, en adelante, «el autor». Miguel Sosa, «Sosa». para los amigos.

Este ínclito personaje fue director de comunicación de la Compañía Nacional de Teatro Clásico a los veintisiete años, siendo director de la misma Adolfo Marsillach. Formar parte del equipo directivo de Marsillach a esa edad tan temprana supongo que además de una responsabilidad es una excelente oportunidad de desarrollo. Antes ya había sido fundador del Festival de Otoño de Madrid y si hay una persona que sabe de teatro, ése sin duda es Sosa.

Es un lector impenitente, capaz de devorar cualquier libro de una sentada, y se nota, vaya si se nota. Es incapaz de leer un libro y no encontrar una errata, que por supuesto comunica a la editorial de inmediato para que la corrijan, él es así.

Lo conocí siendo director del Teatro Bulevar de Torrelo-dones. Yo era un incipiente mago y trabamos buena amistad. Él me contrataba para hacer reír al personal y la verdad es que lo conseguía con creces... salvo una rara excepción: siempre había una persona en el patio de butacas que me miraba impertérrito sin esbozar sonrisa alguna. ¿Quién po-

día ser aquel extraño personaje al que le costaba sonreír?: el amigo Sosa.

Años más tarde descubrí que Sosa es como Buster Keaton, con su solemne cara de palo, no es que no le guste sonreír, es que le gusta observar hasta el más mínimo detalle y yo creo que si sonríe seguro que algo se le escapa.

Esa pasión por el detalle la lleva hasta sus últimas consecuencias y por supuesto la vas a ver reflejada en este libro.

Por cosas del destino empezamos a trabajar juntos y es mi mano derecha, de hecho a él le gusta definirse como mi «avatar»; nada más empezar a trabajar juntos le dije que lo iba a alejar del mundo de la cultura porque la cultura no lo iba a sacar de pobre. Después de tantos años de relación laboral se puede decir que no sólo no he conseguido alejarlo de la cultura sino que he sido fagocitado por él.

Es imposible hablar con Sosa y no aprender algo. Como él dice, está lleno de conocimientos inútiles, pero siempre tiene la palabra exacta en el momento adecuado. Al principio piensas que lo hace por vacilar, pero no, lo hace porque sencillamente no sabe utilizar una palabra que no sea exacta para definir una situación, un sentimiento, un objeto.

En su afán de culturizar a los amigos creó un grupo de Whatsapp titulado «palabras raras como Sosa», y es que un tipo que se ha leído el diccionario en varias ocasiones, no nos engañemos, es raro de narices. Así pues, cada día nos regalaba una palabra «rara». Palabras de uso normal para él, pero ininteligibles para nosotros.

Con el tiempo nos acostumbramos a sus palabras, no eran palabras tomadas al azar del diccionario, eran palabras que en muchas ocasiones tenían que ver con una noticia de actualidad o con una situación concreta.

Un día alguien puso en el grupo una foto en un barco y casi instantáneamente apareció la palabra singladura, que

es la distancia que recorre un barco en veinticuatro horas.

Otro día le dije que estaba en un cóctel y al momento tenía en mi móvil un mensaje diciéndome que tuviese cuidado con el luquete que no es otra cosa que la rodaja de limón que se echa en la bebida.

Dando una charla comenté que hacía ciento cincuenta años Darwin había publicado El origen de las especies y me aconsejó que utilizase la palabra sesquicentenario» que es la palabra exacta para definir esos ciento cincuenta años.

Un buen día decidió cerrar el grupo de Whatsapp y nos dejó huérfanos de sus palabras. Probé a buscar en el diccionario, pero no era lo mismo. Nunca encontraba la palabra que quería, siempre eran palabras aleatorias.

Más tarde comentó que iba a hacer una edición para los amigos y le dije: «no seas egoísta, este conocimiento tienes que compartirlo» y esa fue la gestación de este libro.

Lo que lo convierte en un gran libro es la selección de citas literarias que acompañan a cada una de las palabras. Entre esas citas encontrarás a más de doscientos autores y doce premios Nobel. Casi nada.

Las citas en la mayoría de los casos salen de su portentosa memoria, y es que es increíble que alguien al ver una palabra recuerde el autor, la editorial y el libro donde la leyó hace años. Ese es Sosa. Un hombre cuya memoria sólo ha sido superada por la de Napoleón, hasta el punto de que se han llegado a levantar monumentos a la memoria de Napoleón. Tal es la inteligencia de Sosa que si hubiera nacido en Estados Unidos... hablaría inglés.

Una hebdómada después (período de siete años) debo decir que soy un poquito más culto gracias a Sosa. Y gracias a este libro tú también lo vas a ser, o al menos lo vas a parecer, porque ya sabes que lo importante no es ser más culto sino parecerlo.

Si no quieres acabar como mi madre diciendo alcánzame el «éste» que está en el «ése», cuando en realidad quieres decir «alcánzame el cartapacio que está en el anaquel» debes leer este libro.

Este es un libro para leer y releer, para disfrutar y para regalar, porque ¿qué otra cosa más bonita se puede hacer que culturizar a todo tu entorno?

No seas misoneísta (hostil a las novedades) y zambúllete en la lectura de esta joyita que sin duda disfrutarás, y si no lo haces al menos estarás mucho más preparado para ir a Pasapalabra.

Gracias Sosa, porque gracias a ti soy mejor persona, mejor profesional y muchísimo más culto. Gracias por regalarnos parte de tu sabiduría.

MAGO MORE

INTRODUCCIÓN, PROEMIO, EXORDIO O ISAGOGE

Cuatrocientos veinte millones de hispanohablantes (has leído bien: 420 millones) nos entendemos —o no— con algo más de 90.000 palabras (de promedio usamos unas 5.000). [1] La vigésima tercera edición del diccionario (DRAE) que publica la tricentenaria y benemérita Real Academia Española[2] recoge, en efecto, un total de 93.111 palabras; nuestro primer diccionario, nacido en 1780, contenía 46.000. El idioma, como se puede ver, es algo vivo, mutable y en constante evolución.

De las 93.111 palabras de nuestro DRAE he seleccionado (caprichosamente) 500 para ti. Son palabras en uso aunque no sea frecuente encontrarlas ni escritas ni oídas. No encontrarás palabras anticuadas (aquellas cuya última documentación no es posterior al año 1500: **galicinio**: parte de la noche próxima al amanecer); ni tampoco palabras en desuso (posteriores a 1500 y hasta el año 1900: **mendocino, na**: que cree en agüeros, supersticioso).

Ya digo que son 500 palabras tamizadas por mi capricho y que del mismo modo que no te topará con palabras condenadas a su desaparición, tampoco encontrarás dialectismos españoles (**filandón**: León. Reunión nocturna de mujeres para hilar y charlar), ni voces de Filipinas (**achara**: encurtido), ni de América (**samuelear**: C. Rica. Dicho de un

hombre: Contemplar o tratar de verle las partes sexuales o los muslos a una mujer).

Son 500 palabras comunes a todos, sin prevalencia geográfica. Se sabe que en tres o cuatro generaciones el 10 por ciento de la población mundial hablará nuestro idioma; en el año 2050 el primer país hispanohablante será EE.UU. Y sí: habrá que acostumbrarse una vez más a este gozoso mestizaje de las palabras. Ya lo hicimos, por poner un ejemplo, con **jonrón** (del ingl. home run: Am. En el béisbol, jugada en que el bateador golpea la pelota de tal manera que le permite hacer un circuito completo entre las bases y ganar una carrera).

Si se nos acostumbra al oído conviviremos (aunque de momento nos parezca horrisona) con la tan repetida en y por los medios de comunicación **amigovio**,^[3] obviando o ignorando (no sé qué es peor) que ya el DRAE recogía:

marinovio, via

1. m. y f. coloq. Cuba. Persona con quien se mantiene una relación amorosa y sexual estable sin casarse. En Venezuela, u. solo el m.

2. m. pl. El Salv. Novios que viven como marido y mujer.

Es evidente el mucho bien —y también el mucho mal— que desde nuestras propias comunicaciones, desde los medios o las instituciones^[4] podemos hacer por nuestro idioma. Tengo la sensación de que hay una tendencia a escribir como se habla y la certeza de que cada vez hablamos peor. Hemos renunciado a la belleza y la singularidad. Toda comparación es odiosa y en este caso ociosa: si nos asomamos al diario de sesiones del Congreso de los Diputados (donde nuestros próceres y prebostes se valen del uso del lenguaje) y comparamos las diferencias en los discursos de los

—digamos— últimos setenta años nos inundará una rusiente sensación de alipori (o vergüenza ajena, que es lo mismo).

Qué decir de lo que se excreta por una tele cada vez más plana en el continente y más roma en el contenido. La televisión de mi infancia informaba (de aquella manera, según supe después; en esto no hemos cambiado, la tele sigue informando de aquella manera...), era una tele que entretenía (la tele de ahora no entretiene, emboba) y también formaba: sólo en el programa A fondo,^[5] que dirigía y presentaba Joaquín Soler Serrano, se entrevistaba a personajes de la talla de Borges, Ionesco, Vargas Llosa o Rafael Alberti. Seamos piadosos y pasemos urgentemente a otro punto.

Las palabras, como nosotros, nacen y mueren y como algunos de nosotros (más bien como alguno de vosotros) tienen su momento de esplendor (carroza, fetén o sicalipsis). Llama la atención comprobar cómo desaparecen del lenguaje habitual y aun del escrito palabras como la de triste actualidad **uxoricida** (hombre que mata a su mujer) o la más festiva y pequeño-nicolasiana **mamarón** (hombre que, fingiéndose tonto, procura participar de fiestas y agasajos en que no tiene parte).

Quisiera que este libro fuera saboreado, sus palabras catadas con deleite y empleadas con medida. Si además despertara en el lector la curiosidad de acudir a la obra aludida en cualquiera de las citas, pues miel sobre hojuelas. Hay más de doscientos autores esperándote en estas páginas, espero que los disfrutes tanto como yo.

MIGUEL SOSA
Madrid, 2015

A

acrimonia

(Del lat. *acrimonia*).

1. f. Aspereza de las cosas, especialmente al gusto o al olfato.
2. f. Agudeza del dolor.
3. f. Aspereza o desabrimiento en el carácter o en el trato.

Sonriendo para sus adentros, el magistrado pensó que estos humildes labradores —no había duda que procedían del Ande y que habían vivido en contacto con la gleba— lo hacían sentirse un padre **acrimonioso** que se niega a autorizar la boda de su hijo.

MARIO VARGAS LLOSA, *La tía Julia y el escribidor*

acucia

(Del b. lat. *acutia* ‘astucia, agudeza’, der. del lat. *acūtus* ‘agudo’).

1. f. Diligencia, solicitud, prisa.
2. f. Deseo vehemente.